

---

---

## QUINTA PARTE.

**JUAN VALJEAN.**

### LIBRO PRIMERO.

#### La guerra entre cuatro paredes.

##### I.

Caribdis del arrabal de San Antonio y Escila del arrabal del Temple.

Las dos más memorables barricadas que el observador de las enfermedades sociales puede citar, no pertenecen al período en que pasa la acción de este libro. Esas dos barricadas, símbolo ambas, bajo distintos aspectos, de una situación temible, surgieron durante la insurrección de Junio de 1848, que fué la guerra más grande de las calles que ha presenciado la historia.

Sucede algunas veces que, contra los principios, contra la libertad, contra la igualdad y la fraternidad, contra el voto universal, contra el gobierno de todos y por todos, esa gran desesperada, la canalla, protesta, y el populacho dá la batalla al pueblo, desde lo profundo de su angustia, de su desaliento, de su desnudez, de su fiebre, de sus aficciones, de sus miasmas, de su ignorancia y de sus tinieblas. Esos días son lúgubres, porque hay siempre en esa misma demencia cierto grado de derecho, hay algo de suicidio en ese duelo; y estas palabras, que se consideran otras tantas injurias, mendigo, canalla, olocracia, populacho, prueban más la culpa de los que reinan que la de los que padecen; más la de los privilegiados que la de los desheredados.

Nosotros nunca pronunciamos esas palabras sin dolor y sin respeto; porque cuando la filosofía sondea los hechos á que corresponden, encuentra con frecuencia ciertas grandezas al lado de las miserias. Atenas era una olocracia; mendigos crearon á la Holanda; el populacho salvó muchas veces á Roma, y la canalla seguía á Jesucristo. Ningun pensador dejó de contemplar alguna vez las magnificencias de abajo. En esa canalla, en esa pobre gente, en todos esos vagabundos, en todos esos miserables, de los que salieron los apóstoles y los mártires, pensaba sin duda San Gerónimo, cuando dijo estas palabras misteriosas: *Fex urbis lex orbis*.

La exasperación de la muchedumbre que sufre las violencias contrarias á los principios que constituyen su vida, los ataques al derecho, son golpes de Estado populares y deben reprimirse. El hombre probo se sacrifica y combate á esa muchedumbre porque la ama; pero, ¡cuán excusable le parece despues de combatirla! ¡Cómo la venera á pesar de resistirla! Ese es uno de los momentos raros en que, obrando como debe obrarse, se siente algo que nos desconcierta y casi nos disuade de seguir adelante. Pero es preciso insistir, porque la conciencia satisfecha se encuentra triste al complicarse en la ejecución del deber con la angustia del alma.

Lo que sucedió en Junio de 1848 fué un hecho aparte y casi imposible de calificar en la filosofía de la historia. Lo que acabamos de escribir huelga, tratándose de este motin extraordinario, en el que la santa ansiedad del trabajo

reclamó sus derechos. Fué necesario combatirle, era un deber, porque atacaba á la República; pero en el fondo, ¿qué fué Junio de 1848? Una rebelion del pueblo contra sí mismo.

No puede decirse que hay digresion mientras el asunto no se pierde de vista. Permitasenos, pues, llamar un momento la atencion del lector hácia las dos barricadas únicas en su clase que acabamos de nombrar y que caracterizaron aquella insurreccion. Una cerraba la entrada del arrabal de San Antonio; otra impedía acercarse al arrabal del Temple: los vecinos ante cuyas casas surgieron aquellas dos terribles obras maestras de la guerra civil jamás las olvidarán.

La barricada de San Antonio era monstruosa. Tenia tres cuerpos, y su anchura no bajaba de setecientos piés. Cerraba de uno á otro ángulo la vasta embocadura del arrabal; es decir, tres calles: era abarrancada, cortada en picachos, con una inmensa hendidura por almena, con sus puntales á guisa de baluartes, con sus salientes aquí y allá; estaba fuertemente apoyada en los dos grandes promontorios de casas del arrabal, y se elevaba como una calzada ciclópea en el fondo de la terrible plaza que presenció el 14 de Julio. Diez y nueve barricadas se sucedian en la profundidad de las calles, detrás de esta barricada madre.

Con solo verla sentíase en el arrabal que el inmenso sufrimiento agonizante habia llegado al supremo instante de la desesperacion y deseaba á todo trance convertirse en catástrofe.

Decian unos que estaba construida dicha barricada con los escombros de tres casas de seis pisos, que para eso se demolieron, y decian otros que la habia levantado el prodigio de todas las cóleras. Tenia el lamentable aspecto de todas las construcciones del ódio: la ruina. Podia preguntarse: ¿Quién la ha edificado? Y tambien: ¿Quién la ha destruido? Era la obra improvisada de la fermentacion. Era la cooperacion del empedrado, del morillo, de la viga, del troncho de col, del trapo viejo, del piso hundido, del harapo, de la maldicion. Era una mezcla de lo grande y de lo pequeño. Era el abismo que parodiaba el barullo y la fraternidad amenazadora de todos los escombros. Sisifo habia arrojado en ella su peñasco y Job su teja. Era, en fin, una cosa terrible: el acrópolis de los descamisados.

Carretas volcadas accidentaban el declive. Un carronato descomunal estaba allí expuesto de un lado á otro, con el eje hácia arriba, y parecia una cuchillada dada en aquel frontispicio tumultuoso. Un ómnibus, que subieron á fuerza de brazos á la cima de este hacinamiento de objetos, como si los arquitectos de la horrible construccion hubieran querido añadir la burla al espanto, ofrecia su lanza á no sabemos qué caballos del aire.

Se imaginaba el espíritu que aquella gigantesca masa, aluvion del motin, era el Osa sobre el Pelion de todas las revoluciones; el 93 sobre el 89; el 9 Termidor sobre el 10 de Agosto; el 18 Brumario sobre el 21 de Enero; 1848 sobre 1830. El sitio era á propósito y semejante barricada digna de aparecer en el punto donde habia desaparecido la Bastilla. Si el Océano construyese diques serian por este estilo. La fúria de las olas estaba impresa en aquel inmenso parapeto: en él las olas eran la muchedumbre. Creíase ver allí el tumulto petrificado. Creíase oír zumbir por encima de la barricada, como sobre una colmena, á las abejas enormes y tenebrosas del progreso violento. ¿Era un conjunto de malezas? Era una bacanal? ¿Era una fortaleza? Parecia que el vértigo la habia construido con sus alas. Notábase algo de cloaca en aquel reducto y algo de olimpico en aquel desórden. Pudiera haberse dicho que eran los harapos de un pueblo; harapos de madera, de hierro, de bronce, de piedra, y que el arrabal de San Antonio lo habia lanzado á su puerta, dándole un colosal escobazo y haciendo la barricada de su miseria.

Pedruscos parecidos á tajos, cadenas dislocadas, armazones de vigas en forma de horcas y ruedas horizontales saliendo de los escombros, amalgamaban en el edificio de la anarquía la sombría figura de los antiguos suplicios que sufrió el pueblo.

La barricada de San Antonio echaba mano de todo: de ella salia todo lo que la guerra civil puede lanzar á la cabeza de la sociedad; aquello no era el combate, era el paroxismo: las carabinas que defendian el reducto, entre las que habia algunos trabucos, despedian pedazos de loza, huesecillos, botones, hasta aldabillas de las mesas de noche. La barricada estaba furiosa, atronaba el aire con clamor indecible; habia instantes en que provocaba al ejército y se llenaba de gente y de tempestad; la coronaba una baraunda de flameantes cabezas, y un

hormiguero hervia dentro de ella; presentaba cresta espinosa de fusiles, sables, picas, palos, hachas y bayonetas; una bandera, ancha y roja, crujia á impulso del viento; oíanse los gritos de mando, las canciones de ataque, los redobles del tambor, los sollozos de las mujeres y las carcajadas tenebrosas de los hambrientos; esta barricada era descomunal y parecia estar viva, y como del lomo de un animal eléctrico, salia de ella un chisporroteo de rayos; el espíritu de la revolucion cubria con su nube aquella cima, desde la que resonaba la voz del pueblo, semejante á la voz de Dios. Desprendíase extraña majestad de aquel titánico apilamiento de escombros. Era aquello un monton de basura y al mismo tiempo el Sinaí.

Como antes dijimos, atacaba en nombre de la revolucion. A qué? á la revolucion. Aquella barricada representaba el acaso, el desórden, el azoramiento, el error y lo desconocido; tenia frente á sí á la Asamblea constituyente, á la soberanía del pueblo, al sufragio universal, á la nacion, á la República; era la Carmañola retando á la Marsellesa. Reto insensato, pero heroico, porque este antiguo arrabal es un héroe.

El arrabal y el reducto se auxiliaban mutuamente; el reducto servia de respaldo al arrabal y el arrabal de arrimo al reducto. Se presentaba la enorme barricada como un arrecife, en el que iba á estrellarse la estrategia de los grandes generales de la guerra de Africa. Las cavernas de la barricada, las excrescencias, las verrugas, las jorobas gesticulaban, por decirlo así, y se reian con mofa entre el humo. La metralla se perdía en lo deforme; los obuses se sumergian y se engolfaban allí; las balas solo conseguian ensanchar los agujeros. Tanto valia disparar contra el caos. Los regimientos, acostumbrados á las más terribles visiones de la guerra, miraban con inquietud aquel reducto, especie de fiera, javalí en lo erizado y montaña en lo enorme.

A un cuarto de legua de allí, en la esquina de la calle Vieja del Temple, el que se atrevia á sacar la cabeza fuera de la punta que formaba en la delantera el almacén Dallemagne, distinguia á lo lejos, más allá del Canal, en la calle que sube por las pendientes de Belleville, en el punto culminante de la calzada, una pared extraña que llegaba hasta el segundo piso de las fachadas, especie de guion entre las casas de la derecha y de

la izquierda, como si la calle hubiese doblado por sí misma su pared más alta para cerrarse bruscamente. Esta pared estaba construida de adoquines y era recta, perpendicular, nivelada con escuadra, tirada á cordel: indudablemente le faltaba el cimientó; pero, como en ciertas paredes romanas, esto no perjudicaba á su rígida arquitectura. Adivinábase la profundidad viendo la elevacion. La cornisa era matemáticamente paralela á la base.

Se veian de trecho en trecho, sobre la plomiza superficie, troneras casi invisibles, parecidas á hilos negros y separadas unas de otras por espacios iguales.

La calle estaba desierta hasta donde alcanzaba la vista, y habian cerrado todas las puertas y ventanas. Surgia en el fondo de aquella barrera, que transformaba la calle en callejon sin salida, una pared inmóvil y tranquila, en la que no se veia nadie ni se oia nada; ni un grito, ni el más leve ruido, ni un soplo. Parecia un sepulcro.

El resplandeciente sol de Junio inundaba de luz aquella mole terrible.

Era la barricada del arrabal del Temple.

Hasta los más atrevidos, desde que llegaban á aquel sitio y la veian, se quedaban pensativos ante la misteriosa aparicion. Tenia buenas proporciones; sus partes ajustaban y encajaban perfectamente; su total era rectilíneo, simétrico y fúnebre. Habia en él ciencia y tinieblas.

Se conocia que el jefe de la barricada era un geómetra ó un espectro.

De vez en cuando, si algun soldado, oficial ó representante del pueblo, se aventuraba á atravesar la calzada solitaria, se oia un silbido agudo y débil y el transeunte caia herido ó muerto; ó si se libraba, se veia penetrar en algun postigo cerrado, en un hueco entre dos piedras, ó en el yeso de la pared, una bala ó un casco de metralla. No gastaban inútilmente la pólvora; casi todos los tiros daban en el blanco.

Habia aquí y allá algunos cadáveres y charcos de sangre en el empedrado. En las cercanías, los umbrales de las puertas-cocheras estaban llenos de heridos.

Los soldados de la columna de ataque, amontonados detrás de la especie de albardilla que forma, á la entrada del arrabal del Temple, el puente cintrado del Canal, observaban, graves y pensativos, aquel lúgubre reducto, aquel objeto

inmóvil, impassible, de donde salía la muerte.

El valiente coronel Monteynavid, estremeciéndose, admiraba esta barricada.

—Qué bien construida está! decía á un representante. No hay una piedra más saliente que otra. Parece porcelana.

En aquel momento una bala le rompió la cruz que llevaba en el pecho y cayó.

—Cobardes! se le oía gritar. ¡Si no se presentan! ¡Que se atrevan á presentarse!

La barricada del arrabal del Temple, que defendieron ochenta hombres y que atacaron diez mil, resistió tres días. Al cuarto día hicieron como en Zaacha y Constantina; agujerearon las casas; entraron en ellas por los techos y tomaron la barricada. Ninguno de los ochenta pensó en huir; todos sucumbieron, excepto su jefe, Barthelemy, de quien hablaremos luego.

La barricada de San Antonio era el tumulto de los truenos; la del Temple era el del silencio.

Entre ambos reductos había la misma diferencia que entre lo formidable y lo siniestro. Uno parecía la boca de una fiera, el otro un mascarón. Edificaron aquellas dos fortalezas dos hombres, Cournet y Barthelemy; Cournet levantó la barricada de San Antonio y Barthelemy la del Temple. Cada una era la imagen de su constructor. Cournet era de elevada estatura, espaldas anchas, rostro colorado, fuerza colosal, de corazón atrevido y de mirada sincera y terrible; era intrépido, irascible y violento; el más cordial de los hombres y el más formidable de los combatientes. Estaba en su elemento en la guerra y pelear le ponía de buen humor. Había sido oficial de marina, y en sus gestos y en su voz se adivinaba que salía del Océano y que le traía la tempestad. Dejando aparte su génio, había en Cournet algo de Danton, como prescindiendo de la divinidad había en Danton algo de Hércules.

Barthelemy era flaco, de pobre apariencia, pálido, taciturno, una especie de pilluelo trágico, que abofeteado por un municipal, acechó á aquel y cuando pudo le mató, por lo que fué á presidio á los diez y siete años. Salió de la cárcel y construyó aquella barricada.

Más adelante, por una complicación fatal, hallándose ambos proscritos en Londres, Barthelemy mató á Cournet.

Fué un duelo fúnebre. Algun tiempo despues cogieron á Barthelemy en una de esas misteriosas aventuras en las que la pasión interviene, en una de esas catástrofes en las que la justicia francesa vé circunstancias atenuantes y la justicia inglesa castiga con la muerte; Barthelemy fué ahorcado.

La sombría construcción social está hecha de tal modo, que, gracias á las privaciones materiales, gracias á la oscuridad moral, aquel sér desgraciado, que encerraba una inteligencia, quizás firme, quizás grande, empezó por ir á presidio en Francia y acabó por ir á la horca en Inglaterra. Barthelemy, cuando llegaba la ocasión, no enarbolaba más bandera que la bandera negra.

## II.

Mientras amanece.

**D**iez y seis años habían pasado de subterránea educación del motin, y Junio de 1848 sabía más que Junio de 1832. La barricada de la calle de la Chanvrerie solo era un bosquejo y un embrion, si la comparamos con las dos colosales barricadas que acabamos de describir, mas para su época era formidable.

Los insurgentes, bajo la inspección de Enjolras, pues Mario no se ocupaba de nada, habían aprovechado la noche. No solo repararon, sino que aumentaron la barricada. La hicieron dos pies más alta. Algunas barras de hierro, colocadas entre las piedras, parecían lanzas en ristre, y escombros agregados de diferentes clases complicaban el armazon exterior. El reducto fué restaurado con habilidad, rehecho por dentro como pared y por fuera como maleza: recompusieron la escalera con adoquines y podían subir á la barricada como al muro de una ciudadela.

La sala baja de Corinto estaba libre de estorbos, la cocina convertida en hospital, y habían practicado la curación de los heridos; recogieron la pólvora que estaba esparcida por el suelo y por las mesas, fundieron balas, fabricaron cartuchos, aprontaron hilas, limpiaron el interior del reducto, quitaron los escombros y sacaron de allí los cadáveres.

Depositaron á los muertos en la callejuela de Mondetour, de la que continuaban siendo dueños los insurrectos. Entre los muertos había cuatro guardias nacionales de las afueras, cuyos uniformes

mandó recoger Enjolras. Éste aconsejó á los sublevados que durmieran dos horas. Los consejos de Enjolras eran para ellos como una consigna; sin embargo, solo durmieron tres ó cuatro personas. Feuilly empleó aquellas dos horas en grabar en la pared que daba frente á la taberna esta inscripción:

VIVAN LOS PUEBLOS.

Estas tres palabras, escritas con un clavo en la piedra, se leían aun en 1848.

Las tres mujeres de la taberna se aprovecharon sin duda de la noche para desaparecer definitivamente: quizás encontrarán algún medio de refugiarse en alguna casa vecina.

Casi todos los heridos podían y querían combatir aun.

Había en la cocina-hospital, sobre una litera que formaron de colchones y de haces de paja, cinco hombres gravemente heridos, entre ellos dos guardias municipales. A estos últimos se les curó primero.

En la sala baja no quedaron más que el cadáver de Babeuf, cubierto con el paño negro, y Javert atado al poste.

—Esta es la sala de los muertos, dijo Enjolras.

La lanza del ómnibus, aunque estropeada por los tiros de fusil, estaba aun en disposición de poder colgar en ella una bandera, y Enjolras, que poseía la cualidad, propia de jefe, de ejecutar todo lo que decía, ató á aquella asta el traje agujereado y sangriento de Babeuf.

No fué posible preparar comida alguna, porque carecían de pan y de carne. Los cincuenta hombres de la barricada, en las diez y seis horas que estaban allí, consumieron en poco tiempo las mezquinas provisiones de la taberna. En un instante dado toda barricada que resiste se convierte inevitablemente en la balsa de los naufragos de la *Medusa*. Tuvieron que resignarse á padecer hambre.

Eran las primeras horas del día 6 de Junio, de ese día espartano en el que Juana, en la barricada de Saint-Merry, rodeada de insurrectos que le pedían pan, les respondía:

—Para qué? Son las tres, y á las cuatro todos habremos muerto.

Como no había qué comer, Enjolras prohibió que se bebiese. Quitó el vino y puso á ración el aguardiente.

Encontraron en la cueva quince botellas llenas, herméticamente tapadas. En-

jolras y Combeferre las examinaron. El último dijo:

—Esto pertenece al antiguo almacén del tío Hucheloup, que empezó por tener tienda de comestibles.

—Debe ser verdadero vino, observó Bossuet. Es una suerte que Grantaire duerma; si estuviera despierto peligrarían esas botellas.

Enjolras, á pesar de los murmullos, puso su veto á las quince botellas, y para que nadie las tocara y las considerase como sagradas, las mandó colocar bajo la mesa en que yacía el cadáver de Babeuf.

A las dos de la madrugada se contaron los combatientes y quedaban aun treinta siete.

El día empezaba á despuntar y se apagaba la antorcha de la barricada grande: el interior de ésta era una especie de patio usurpado á la calle; estaba anegado en la oscuridad, y se asemejaba, al través del vago horror crepuscular, al puente de un buque abandonado.

Los combatientes, yendo y viniendo, se movían por allí como formas negras. Por encima de este horrible nido de sombras, los pisos de las casas silenciosas se bosquejaban lívidamente y en la parte superior se veían blanquear las chimeneas. El cielo se pintaba de un matic indeciso entre blanco y azul; los pájaros volaban cantando. La casa alta que formaba el fondo de la barricada presentaba en el techo un reflejo de color de rosa. En la ventana del tercer piso el airecillo de la mañana agitaba los cabellos blancos del hombre muerto.

—Me alegro de que se haya apagado la antorcha, decía Courfeyrac á Feuilly. Me incomodaba ver que se doblaba á impulsos del viento, porque parecía que tenía miedo. La luz de las antorchas es como la prudencia en los cobardes; alumbra mal porque tiembla.

El alba despierta las imaginaciones como despierta á los pájaros. Todos los insurrectos hablaban.

Joly, al ver que un gato andaba por la canal de un tejado, prorumpió en este arranque filosófico:

—Qué es el gato? Una corrección. Despues de crear Dios al raton formó en seguida al gato; el gato es la fé de erratas del raton. El raton, más el gato, es la prueba de la creación, revisada y corregida.

Combeferre, rodeado de estudiantes y de obreros, hablaba de los muertos, de Juan Prouvaire, de Bahorel, de Babeuf,

hasta de Cabuc, y de la tristeza severa de Enjolras, diciendo:

—Armodio y Aristogiton, Bruto, Que-reas, Stephanus, Cromwell, Carlota Cor-day, Sand, todos tuvieron, despues de dar el golpe, un momento de angustia. Nuestro corazon es tan propenso á extre-mecerse, y la vida humana es un misterio tan grande, que hasta en el caso de un suicidio cívico, de un suicidio libertador, el remordimiento de haber herido á un hombre excede á la alegría de haber sal-vado al género humano.

Poco despues, como ordinariamente acontece en las conversaciones, por la transicion á que dieron márgen los versos de Juan Prouvaire, Combeferre com-paró entre sí á los traductores de las *Geórgicas*, á Raux con Cournaud, á Cournad con Delille, indicando los pasa-jes que tradujo Malfilatre, y sobre todo los prodigios de la muerte de César.

El nombre de César le condujo natu-ralmente á hablar de Bruto.

—César, dijo Combeferre, mereció caer. Ciceron trató con severidad á César justamente. Su severidad no es una dia-triba. Cuando Zoilo insulta á Homero, cuando Mevio insulta á Virgilio, cuando Visé insulta á Molière, cumplen una anti-gua ley de envidia y de odio; los génius atraen la injuria: los grandes hombres siempre fueron más ó menos zaheridos. Pero Zoilo y Ciceron fueron dos entida-des diferentes. Ciceron hizo con el pen-samiento la misma justicia que Bruto con la espada: yo vitupero esta última justicia, pero la antigüedad la admitia. César, violando el Rubicon, confiriendo, procedentes de él, las dignidades que procedian del pueblo, obraba como un rey, casi como un tirano. Era un grande hombre, tanto peor ó tanto mejor, pues la leccion viene de más alto. Sus veinti-tres heridas me afectan menos que la saliva que se escupió á la frente de Jesu-cristo. César es inmolado por los puñales de los senadores; Cristo es abofeteado por los sirvientes. En este mayor ultraje se presiente á Dios.

Bossuet, dominando desde la cumbre de un monton de adoquines el monólogo de Combeferre, gritaba, con la carabina en la mano:

—Cidateneo! Oh, Mirrino! ¡Oh, Proba-linto! Oh, Gracias de la Eantide! ¡Qui-siera pronunciar los versos de Homero como un griego de Laurio ó de Edap-teon!

## III.

## Claridad y sombra.

Enjolras fué á hacer un reconocimien-to y salió por la callejuela de Mon-detour, serpenteando por la orilla de las casas.

Los insurrectos estaban muy esperanzados. Como consiguieron rechazar el ataque de la noche, despreciaban de antemano el ataque que habrian de sufrir por la mañana. Le esperaban sonriéndose, y tenian tanta fé en el triunfo como en la causa que sustentaban. Además, contaban con un socorro que iban á recibir.

Arrastrados por la facilidad de profecía victoriosa, que es una de las fuerzas del francés en la pelea, dividian en tres fases seguras el dia próximo á clarear: á las seis de la mañana se habia de pronunciar un regimiento que *estaba ya ganado*; á las doce se insurreccionaria todo Paris, y á la puesta del sol la revolucion estaria triunfante.

La campana de Saint-Merry no habia cesado ni un solo minuto de tocar á rebato desde la vispera, lo que probaba que la otra barricada grande, la de Juana, seguia resistiéndose.

Todas estas esperanzas se comunica-ban de uno á otro grupo con un murmullo alegre y formidable á la vez, que se parecia al sonido belicoso de una colmena.

Enjolras volvió á la barricada, despues de practicar el reconocimiento. Escuchó un momento la alegría que expresaban los sublevados cruzándose de brazos, y despues les dijo:

—Todo el ejército de Paris está sobre las armas. La tercera parte de ese ejército pesa sobre la barricada, y además la Guardia nacional. He distinguido los chacós del 5.º de línea y las banderas de la sexta legion. Dentro de una hora nos atacarán. El pueblo tuvo ayer efer-vescencia, pero hoy ya no se mueve; no debemos esperar que nos apoyen, ni un arrabal, ni un regimiento. Estamos abandonados.

Estas palabras cayeron sobre los bulliciosos grupos, produciendo en ellos el efecto de las primeras gotas de agua de la tempestad sobre una muchedumbre. Todos se quedaron mudos. Reinó un momento de inexplicable silencio, en el que se hubiera podido oír volar á la muerte.

Pero este momento fué corto.

Una voz, que salia del fondo más oscuro de los grupos, gritó á Enjolras:

—Ya que no hay remedio, levantemos la barricada hasta veinte piés de altura y muramos todos. Ciudadanos, que protesten nuestros cadáveres. Demostremos que si el pueblo abandona á los republicanos, los republicanos no abandonan al pueblo.

Aquellas palabras, desprendiéndose de la penosa nube de las ansiedades individuales, expresaban el pensamiento de todos, y se acogieron con entusiastas aclamaciones.

Jamás se supo el nombre del que así habló: seria quizá algun obrero desconocido y olvidado, un héroe de paso, el gran anónimo que se mezcla siempre en las crisis humanas y en los génesis sociales, y que en instantes dados pronuncia con tono sublime la palabra decisiva, desvaneciéndose luego en la oscuridad, despues de representar durante un minuto con la claridad del relámpago al pueblo y á Dios.

Esta inexorable resolucion fué tan unánime entre los sublevados del 6 de Junio de 1832, que casi á la misma hora en la barricada de Saint-Merry los insurgentes lanzaron este grito, que conserva la historia y que consta en el proceso:

—Que se nos socorra ó que no se nos socorra, moriremos aquí hasta el último de nosotros.

Como se vé, las dos barricadas, que estaban materialmente aisladas, se comunicaban entre ellas.

## IV.

## Cinco menos y uno más.

En cuanto concluyó de hablar el desconocido, que decretó la protesta de los cadáveres, encontrando la fórmula del sentimiento comun, brotó de todos los labios un grito de extraña satisfaccion; grito terrible, fúnebre por el sentido y triunfal por el acento:

—Viva la muerte! ¡Muramos todos aquí!

—Para qué todos? dijo Enjolras.

—Todos! Todos!

—Nuestra posicion es buena, la barricada excelente. Basta sacrificar treinta hombres. Para qué sacrificar cuarenta? añadió Enjolras.

—Porque ninguno querrá marcharse, replicaron todos.

—Ciudadanos, exclamó Enjolras con

cierta vibracion, casi con cólera: la República no es bastante rica en hombres para hacer gastos inútiles. La vanagloria es un despilfarro. Si el deber, respecto á algunos, es marcharse, hay que cumplirlo.

Enjolras, el hombre principio, tenia sobre sus correligionarios la especie de omnipotencia que se desprende de lo absoluto; pero, sin embargo, se oyeron algunos murmullos.

Enjolras, viendo que murmuraban, dijo, levantando el tono de la voz:

—Que los que teman no ser más que treinta lo digan.

Los murmullos crecieron.

—Marcharse es más difícil de lo que se cree, dijo una voz del grupo. La barricada está cercada por todas partes.

—Menos por la parte de los Mercados, contestó Enjolras. La calle de Mondetour está libre, y siguiendo la de Predicadores se puede llegar hasta el Mercado de los Inocentes.

—Pero al llegar allí no habrá medio de escapar, dijo otra voz del grupo. Tropezaremos con alguna patrulla de tropa de línea, ó de las afueras, que al vernos de blusa y gorra nos preguntará, y despues de examinarnos las manos, al notar que huelen á pólvora, nos fusilarán.

Enjolras, sin responder, tocó á Combeferre en el hombro, y ambos entraron en la sala baja.

Salieron al cabo de un momento, llevando Enjolras los cuatro uniformes que habia mandado reservar y Combeferre las correas y los chacós.

—Vistiendo este uniforme, dijo Enjolras, es fácil mezclarse entre las filas y huir. Hay para cuatro individuos.

Arrojó al suelo los cuatro uniformes, pero de aquel estóico auditorio nadie se movió. Combeferre tomó la palabra, diciendo:

—Es menester tener lástima de las pobres mujeres, ya que hay esposas y madres que mecen la cuna de los niños, que se amontonan á su alrededor. El que de vosotros no haya sentido jamás el calor del seno materno, que levante la mano. Quereis morir? Tambien yo, pero no quiero ver junto á mí espectros de mujeres retorciéndose los brazos de desesperacion. Morid si lo deseais, pero no causeis la muerte. Suicidios como el que aquí vá á verificarse son sublimes, pero el suicidio debe reducirse á estrechos límites, y en cuanto se extiende á los parientes toma el nombre de asesinato. Pensad en las cabecitas rubias, pensad

en los cabellos blancos, y oid. Enjolras acaba de decirme que ha visto hace poco en la esquina de la calle del Cisne luz en una ventana de un quinto piso, y al través de sus cristales la vacilante sombra de una cabeza de anciana, que parecía haber pasado la noche aguardando. Quizá sea la madre de alguno de vosotros. Pues bien, el que se marche que se apresure á buscar á su madre y á decirle: "Madre, aquí estoy!". Que se vaya tranquilo, que por eso no dejaremos de cumplir nuestro deber. Cuando se sostiene á los parientes con el trabajo de los brazos no hay derecho á sacrificarse, porque el sacrificio equivale á desertar de la familia. ¿Pero habeis pensado en los que tienen hijas y en los que tienen hermanas? Deseais la muerte y morís hoy, pero mañana esas jóvenes se quedan sin pan y las condenais á terrible porvenir. El hombre mendiga, pero la mujer se vende. Llegarán á tener hambre. Hay un mercado de carne humana, y para alejarlas de él no bastarán vuestras manos de espectros agitándose trémulas á su alrededor. Pensad en las calles, en los boulevares llenos de transeuntes ociosos; pensad en las tiendas, ante las cuales pasan y vuelven á pasar mujeres descontentadas y hundidas en el vicio; pues esas mujeres han sido puras. Los que teneis hermanas, pensad en ellas! La miseria, la prostitucion, los municipales y San Lázaro son los abismos que se abren ante esas jóvenes frágiles, maravillas de pudor, de donaire y de belleza, más frescas que las lilas del mes de Mayo. Habeis muerto y no podeis velar por ellas; por querer librar al pueblo de los reyes, entregais á la policia á vuestras hijas. ¡Es preciso pensar más en las infelices mujeres! ¡Es preciso que los que tienen familia obren como deben, que nos den un apretón de manos, que se marchen, que nos dejen solos para completar nuestra obra! Comprendo que es difícil marcharse, pero cuando hay una dificultad hay más mérito. Aquí se trata de salvar á las esposas, á las madres y á los niños; no se trata de vosotros, que todos sabemos que sois unos valientes, que os envanece perder la vida por la santa causa, que os creéis elegidos para morir útil y magníficamente, y que quereis participar con nosotros del envidiable triunfo. Pero no estais solos en el mundo: hay otros séres en quienes debeis pensar; no debeis ser egoistas.

Todos los insurgentes inclinaron la cabeza con aire sombrío.

Extrañas son las contradicciones del corazón humano en sus momentos más sublimes. Combeferre, que hablaba así, no era huérfano; se acordaba de las madres de los otros y se olvidaba de la suya. Iba á morir; también era egoísta.

Mario, en ayunas, calenturiento, sucesivamente burlado en todas sus esperanzas, encallado en el dolor y sintiendo aproximarse su fin, estaba más sumido cada vez en el visionario estupor que precede á la hora fatal que se acepta voluntariamente.

Un fisiólogo estudiaría en él los síntomas crecientes de la absorción febril, que conoce y clasifica la ciencia y que es respecto del sufrimiento lo que la voluptuosidad es respecto del placer. Asistía á todo lo que allí pasaba como si lo contemplase desde fuera. Como dijimos, los acontecimientos que sucedieron á su vista se los imaginaba lejanos; y aunque distinguía el conjunto, no percibía los detalles. Veía á los que iban y venían al través de un inmenso resplandor; las voces llegaban á él, como si saliesen del fondo de un abismo. Sin embargo, esta escena le conmovió. Su única idea era morir, no quería distraerse de esta idea, pero comprendió en su sonambulismo fúnebre que ésta no le impedía salvar á alguno. Levantó la voz diciendo:

—Enjolras y Combeferre tienen razón; opino como ellos; no hay que hacer sacrificios inútiles. Lo que Combeferre os ha dicho no admite réplica. Los que entre vosotros tengan madres, hermanas, esposas, hijos pequeños, que salgan de las filas.

Nadie se movía.

—Salgan de las filas los hombres casados y los que son el sosten de sus familias, repitió Mario.

Su autoridad era grande, porque aunque consideraban á Enjolras como á jefe de la barricada, miraban á Mario como á su salvador.

—Lo mando, gritó Enjolras.

—Os lo ruego, dijo Mario.

Los insurgentes, conmovidos por el discurso de Combeferre, por la orden de Enjolras y por la súplica de Mario, empezaron á denunciarse unos á otros.

—Tú, que eres padre de familia, decías un joven á un hombre de treinta años, márchate.

—A tí te corresponde irte, respondía aquel hombre, ya que mantienes á tus dos hermanas.

De este modo empeñóse lucha inaudita entre ellos.

—Despachemos pronto, dijo Combeferre, porque dentro de un cuarto de hora ya será tarde.

—Ciudadanos, prosiguió Enjolras; aquí reina la República y con ella el sufragio universal. Designad vosotros mismos las personas que han de marcharse.

Obedecieron esta orden. Al cabo de cinco minutos, los cinco que designaron por unanimidad salieron de las filas.

—¡Son cinco y no hay más que cuatro uniformes! exclamó Mario.

—Pues es preciso que se quede uno de nosotros, contestó uno de los cinco.

Empezó otra vez el generoso certamen, alegando cada cual razones para no marcharse y para convencer á los otros de que debían irse.

—A tí te ama tu esposa.

—A tí te quiere tu anciana madre.

—Tú no tienes padre ni madre; ¿y qué vá á ser de tus tres hermanitos?

—Tú eres padre de cinco hijos.

—Tú tienes derecho á vivir, ya que apenas has cumplido los diez y siete años. Morirías demasiado pronto.

Las grandes barricadas revolucionarias eran centros de heroísmo. Lo inverosímil parecía allí sencillo, y aquellos hombres no se admiraban unos de otros.

—Despachad, repitió Combeferre.

Una voz del grupo gritó á Mario:

—Designad vos al que deba quedarse.

—Sí, contestaron los cinco. Elegid y obedeceremos.

Mario creía no poder ya emocionarse, pero al tener que elegir un hombre para morir, toda su sangre refluyó á su corazón. Dirigióse á los cinco, que le aguardaban con la sonrisa en los labios y brilládoles en los ojos la llama, que se vé en el fondo de la historia en las Termópilas, que les gritaba:

—Yo! Yo! Yo!

Mario los contó como un estúpido; luego fijó la vista en los cuatro uniformes.

En aquel instante, un quinto uniforme cayó sobre los otros cuatro, como si lo hubiesen arrojado del cielo. El quinto hombre se había salvado.

Mario levantó la vista y conoció al señor Fauchelevent.

Juan Valjean acababa de entrar en la barricada.

Ya por haber recibido indicaciones, ya por instinto, ya por casualidad, venía por la callejuela de Mondetour, y gracias á su uniforme de guardia nacional

no encontró ningún obstáculo para llegar hasta allí. El centinela que tenían colocado los insurrectos en dicha calle no creyó que debía dar señal de alarma tratándose de un guardia nacional que iba solo; además, aquellos momentos eran demasiado graves para que el centinela se distrajese de su deber, separándose de su punto de observación.

Cuando Juan Valjean entró en la barricada nadie le vió, porque todos tenían los ojos fijos en los cinco individuos y en los cuatro uniformes.

Juan Valjean presenció la escena y, despojándose silenciosamente de su uniforme, lo arrojó entre los otros cuatro.

La emoción que produjo fué indescriptible.

—Quién es ese hombre? preguntó Bossuet.

—Un hombre que salva á los demás, contestó Combeferre.

Mario añadió con voz grave:

—Yo le conozco.

No se necesitaba de más fianza.

Enjolras se volvió á Juan Valjean y le dijo:

—Bien venido seais, ciudadano. Supongo que sabreis que vamos á morir.

Juan Valjean, sin responder, ayudó á ponerse el uniforme al insurrecto que acababa de salvar.

## V.

El horizonte que se descubre desde lo alto de la barricada.

La situación de los insurrectos en aquella hora fatal daba por resultado la suprema melancolía que se había apoderado de Enjolras.

Este reunía en su persona la plenitud de la revolución, y sin embargo, era tan completo como puede serlo lo absoluto; tenía demasiado de Saint-Just y poco de Anacharxis Cloots; sin embargo, su espíritu, en la Sociedad de los amigos del A. B. C., acabó por experimentar la influencia de las ideas de Combeferre; hacia ya algún tiempo que, saliéndose poco á poco de la forma estrecha del dogma, cedía al empuje del progreso, llegando á aceptar como evolución definitiva y magnífica la transformación de la gran República francesa en inmensa República humana.

En cuanto á los medios inmediatos, dada una situación violenta, queríalos también violentos; en esta parte no ha-